

Curso de Predicación

Néstor O. Míguez

Setiembre 2017

Texto de estudio teórico-práctico sobre la tarea de proclamación y testimonio de la fe.

La tarea homilética: su teología y práctica

Muchas veces la predicación, la proclamación del Evangelio en general, se la ha entendido, tanto teóricamente como en la práctica, como un camino de una sola dirección: de Dios al ser humano, lo que se ha interpretado como del predicador al oyente. Y si bien es cierto que la iniciativa y la Palabra son siempre divinas, también es cierto que Dios nos escucha, que espera nuestra respuesta, y que obra según los humanos nos comportamos frente a su llamado. No es un Dios que impone o que abandona al ser humano, sino que su amor lo lleva siempre a proponernos nuevos caminos de salvación.

La historia y el diálogo de la Salvación.

La expresión “historia de la Salvación” se ha usado para narrar la progresión de la historia bíblica. Algunos ven la historia de la Biblia como una sucesión de intervenciones de Dios en la historia humana. Según esta comprensión, los seres humanos vamos desarrollando nuestra historia, sin tener a Dios y su voluntad en cuenta. Por otro lado hay un plan divino de salvación. Dios va haciéndose presente “cada tanto” en esa historia humana, de acuerdo a su plan. A través de esas manifestaciones (los pactos de Noé, Abrahán, Moisés, los profetas, y finalmente Jesús) Dios va llamando a los seres humanos a confiar en él. Finalmente acabará la historia de los hombres y Dios establecerá su Reino. Este esquema teológico se encuentra en el dispensacionalismo (que ha sido una influencia muy fuerte en los movimientos evangélicos en nuestro país), pero también en otras teologías, incluso católico-romanas.

A esta forma de ver la “historia de la salvación” se le ha criticado porque parece que hay dos historias, una de los hombres y otra de Dios. En esta manera de ver las cosas Dios toma en cuenta solamente el pecado y rechazo sistemático de hombres y sigue adelante “por arriba” de la historia humana, interviniendo cada tanto según su propio libreto (dispensas). Así, los logros y momentos diversos de la historia no representan nada, la historia humana (y por lo tanto, la sociedad) está “vacía” de salvación y solo importa lo que Dios hace. En algunos círculos evangélicos se asimila esto a una visión de “la justificación por la fe”. Pero la salvación por la fe, en la tradición protestante, no es solo lo que Dios hace por pura gracia, sino también la respuesta humana a esa acción de Dios.

Otros han tomado otro camino para evitar esta crítica. Hay una sola historia, dicen, y Dios la va guiando a su Reino. Dios es el Señor de la Historia y la va conduciendo a su destino. A través de sus testigos: patriarcas, profetas, Jesús y los apóstoles, y nosotros hoy como Iglesia, Dios va guiando a los hombres hacia su Reino. Dios se ha metido en la historia de los seres humanos para obrar su salvación llevándonos a su destino final de plenitud. Hay una variante muy “eclesiástica” de esta idea tanto en el protestantismo como en el catolicismo romano, en la cual la Iglesia irá incorporando toda la humanidad: cuando todos seamos cristianos (o seamos parte de la Iglesia) la humanidad alcanzará su plenitud. Y hay otra variante más “liberal”: también fuera de la iglesia hay quienes aportan al progreso de la humanidad, para que poco a poco lleguemos a la sociedad justa.

Pero aquí cabe una objeción: la historia tiene sus grandes contradicciones, y el “progreso hacia el Reino” no parece tan seguro. Hay una visión optimista de la historia humana, que no siempre refleja la realidad de una sociedad opresiva, violenta, injusta. La misma creación está en peligro ecológico por ciertas cosas “del progreso”. Los más pobres y marginados, los excluidos, no ven progreso alguno, y el Reino está para ellos tan lejano como hace varios siglos atrás.

Por eso preferimos hablar del “diálogo de la Salvación”. Hay, sí, una sola historia, la historia humana, que los seres humanos libremente —y con nuestros pecados también— vamos construyendo. En esa historia caben los testimonios más conmovedores de amor y las opresiones más terribles. Dios se hace presente en esta única historia humana para redimirla. Pero no por ello le quita libertad a los seres humanos, no los lleva “de las narices”, sino que lo hace dialogando, invitando, mostrando los distintos aspectos de su amor. Y los seres humanos respondemos, proclamamos esta presencia invitando a otros a reconocerla, a escuchar Su Palabra y obedecerla. En ello acertamos y nos equivocamos. Por eso Dios, por un lado, nos da fuerzas para seguir, pero también nos ofrece perdón y consuelo. La Biblia es el testimonio de este diálogo de la Salvación, de como Dios va mostrando distintos aspectos de su amor y redención, en respuesta a los distintos momentos y situaciones que vivimos los seres humanos. En esta línea vamos a desarrollar nuestro curso (sin negar que otros hermanos presenten otras para el debate y la discusión). Entendemos la proclamación como una invitación y una manera de comenzar este diálogo.

La Biblia, diálogo de Salvación

Seguramente muchos ya conocen, y con más profundidad, esta historia. Aportamos este esquema como una guía y ayuda-memoria, como orientación para el trabajo de preparación y expresión de la proclamación cristiana.

El testimonio y su contexto

El texto bíblico como hoy lo tenemos fue escrito en un tiempo de aproximadamente 750 años, entre el 600 a.C. y el 150 d.C. Pero si contamos las tradiciones orales que le anteceden y que quedan registradas en sus páginas, nos movemos en un tiempo de más de 1500 años. Ello significa que fueron cambiando las formas económicas, de organización de los pueblos, de las culturas y mentalidades.

Esas modificaciones nos muestran que en distintos momentos de los cuales nos relata la Biblia tenemos que tomar en cuenta un contexto cambiante. Por lo tanto tenemos la necesidad de entender los diferentes testimonios de las Escrituras según estos contextos, para no falsear la interpretación, y por lo tanto la forma en que exponemos la Palabra. Dios toma en serio las realizaciones humanas, con sus logros y defectos, y su diálogo salvífico con los seres humanos no puede ignorar estos elementos.

El diálogo de la Salvación en el Antiguo Testamento

En Génesis se reflejan las condiciones de la vida nómada pastoril. Hay algunas civilizaciones más organizadas (Egipto, Sumer, la primera Babilonia, Ugarit, etc.). Pero también existen grandes espacios donde hay poca población, todavía no se usa el hierro, ni hay técnicas elaboradas para la agricultura (economía natural). Este es el contexto de los patriarcas. Los altares que van construyendo los pueblos a su paso (incluido, pero no exclusivamente, Israel) van demarcando territorios e itinerarios. Se destacan las experiencias de un Dios que acompaña, que protege, que manifiesta sus propósitos y bendición.

El surgimiento de los grandes reinos tributarios expansivos se ve sobre el final de Génesis (Gén 47:13-26). ¡Pensar que el ex-esclavo José es cómplice en el inicio de este sistema de explotación, del cual sus propios hijos caerán luego como víctimas! Se llaman “sistemas tributarios” porque usan a pueblos enteros como esclavos, o cobran tributos a otros pueblos para las grandes obras (caminos, riego, monumentos: de allí que se llamen “obras faraónicas”). Esto marcará la historia posterior. El libro de Éxodo narra la suerte de un pueblo cautivo y esclavizado. Comienza a experimentarse la presencia de un Dios

liberador, sensible al clamor de los oprimidos y que confronta al poder del más grande de estos reinos en la época. La Alianza del Sinaí se presenta como una ética que debe contar con un Dios libre y un pueblo libre que aceptan servirse mutuamente. Es un momento importante de este diálogo.

Josué-Jueces narra el enfrentamiento de este pueblo liberado con otras estructuras opresivas de la época: las ciudades-estado feudales cananeas (Gad, Ay, Jericó, etc.). Allí se contagia este espíritu liberador a las poblaciones sometidas a servidumbre. La presencia de Dios aparece acá acompañando la recuperación de la tierra y reorganizando al pueblo sobre base de pactos de autonomía y solidaridad (ver Josué 24).

El surgimiento de la monarquía en Israel marcará la siguiente momento (1-2 Samuel). Israel quiere parecerse a las otras naciones. El diálogo con Dios muestra un momento de peligro y ruptura (1 Sam 8, esp. v. 7). Nos narra la ambigüedad de un estado que a la vez cumple y corrompe el pacto que está a la base de estos relatos.

Israel pretende sobrevivir en el mundo de la política de los grandes imperios (1-2 Reyes). Allí experimenta la fragilidad de los pactos del poder y sus tentaciones. Comienza la tensión entre templo y profetas. Dios se muestra como el que sostiene la Promesa, pero reclama la justicia. Su compromiso con la humanidad sufriente se antepone a la sacralidad de lo religioso. Los primeros textos de Isaías, y el dicho más claro: "Misericordia quiero, y no sacrificios", en Oseas 6:6, y que luego repetirá Jesús en Mateo 9:13 y 12:7.

Pero la voz de Dios no es escuchada y los de Israel y Judá terminan desmembrados. Mientras el cautiverio egipcio fue de todo Israel, el cautiverio asirio y babilonio rompe la unidad y genera dos pueblos que se desconfían mutuamente (2 Reyes 17:18-41). Surge la idea de remanente fiel (Miqueas, Jeremías, Ezequiel).

Cuando se le permite al pueblo de Israel recuperar su gobierno y Templo, hay una cierta vacilación en cuanto a la mejor respuesta. Una lectura cuidadosa de los textos bíblicos nos muestra una tensión entre teologías de la misericordia y la teología de la pureza (Esdras-Nehemías, son defensores de esta última, que luego continuarán los fariseos). Estudiaremos los textos más tardíos del profeta Isaías que nos presenta una teología del consuelo y la misericordia. El diálogo con Dios se anuncia como búsqueda y llamado; es la vocación a la fidelidad y la esperanza.

Los horizontes se cierran y se afirman los grandes imperios esclavistas totalizadores (Alejandro de Macedonia y el helenismo; luego el poderoso imperio de Roma). El Dios de la esperanza responde con visiones. El Dios que mantiene la historia abierta nutre ahora la resistencia (Macabeos) y la fe apocalíptica. Surge con fuerza el concepto de Resurrección. Las visiones y la experiencia del Espíritu son como anticipo de lo venidero, de la promesa aún vigente (Daniel y textos apocalípticos cristianos).

Junto a este "diálogo colectivo" también se dan diálogos "particularizados": es la literatura de los Salmos y la Sabiduría (Job, Proverbios, Cantares, Eclesiastés, Lamentaciones; también Jonás, Rut y Ester). Aquí tenemos testimonios de un Dios que responde en los grandes movimientos de la historia, pero también en las situaciones personales, frente a las tragedias dolorosas, en la vida cotidiana, en la sabiduría popular.

El diálogo de la Salvación en el Nuevo Testamento

Lo que hemos llamado "el diálogo de la Salvación" adquiere una nueva dimensión con la presencia, vida, obra, crucifixión y resurrección de Jesús de Nazaret, a quienes los cristianos reconocemos como "el Cristo". Dios se encarna en la historia en la presencia

personal de Jesús de Nazaret, el Cristo de nuestra fe. Los pueblos están sometidos y dispersos, y el mensaje adquiere un nuevo impulso universal. Dios se provee como “pastor”, que en humildad y amor invita a una nueva humanidad. La presencia del Reino se anuncia como alternativa a las formas de dominación en las relaciones humanas. La encarnación en Jesús aparece a la vez como continuidad y nuevo momento del diálogo salvífico. Es el cumplimiento de la Alianza y relanzamiento de la Promesa.

El testimonio que Jesús brindó en la rural Galilea y en la judía Jerusalén se brinda también en las culturas urbanas gentiles (Hechos, Pablo). Es el tiempo del testimonio en situaciones cambiantes: la comunidad de fe abierta como presencia y testimonio. La presencia del Espíritu es la proyección de la comunidad como espacio de vida para toda la humanidad. Y allí entramos nosotros. Queda un canon abierto: una “historia de salvación” como continuidad y cambio, como el diálogo que la paciencia de Dios nos sigue proponiendo. Dios sigue hablando y llamado según los modos y respuestas de las historias humanas. No hay un “plan preconcebido”, pero sí una consistencia y coherencia de la voluntad salvífica de Dios en su diálogo con los seres humanos.

Quando fue la plenitud del tiempo... (Gál 4:4)

Si bien el modo más común de llamar a Jesús ha sido “Ungido” (*Massiah* –Mesías, en hebreo, *Xristós* –Cristo, en griego, cerca de 530 veces), lo que Pablo destaca en este versículo es que Jesús es “el hijo de Dios”. Con la misma fórmula encabeza Marcos su Evangelio, uniendo ambos títulos: “Principio del evangelio de Jesús Cristo, Hijo de Dios”. Jesús recibe muchos títulos a través del Nuevo Testamento, desde títulos metafóricos, como “el buen pastor”, hasta estos otros que tienen ya una larga tradición teológica en el Antiguo Testamento. No nos interesa aquí hacer una cristología de los títulos¹, pero sí destacar que estas maneras de llamar a Jesús manifiestan que de alguna manera la forma en que Dios da a conocer su voluntad y disposición hacia los seres humanos ha cambiado. Comienza un nuevo momento en este diálogo de la salvación.

¿Qué es lo nuevo y qué significa esta novedad? Es la forma en que se hace presente la Palabra de Dios en el diálogo. “La palabra se hizo carne...” dice Juan 1:14. No es ‘una etapa más’ en la historia de la salvación, sino ‘la plenitud del tiempo’, el momento culminante, el tiempo completo en que se expresa la totalidad de la voluntad de Dios. En este hecho, la encarnación, la presencia del Hijo, el reconocimiento de Jesús como “el Ungido”, los seres humanos no solo somos invitados a continuar este diálogo con el Dios de la salvación, sino a recibir la Palabra de Dios mismo en medio nuestro “...y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad”.

Si en otro momento de este diálogo la palabra de Dios vino a través de patriarcas, jueces, profetas, poetas, que presentaron la ley de Dios y pronunciaban los oráculos divinos para su tiempo, ahora esta Palabra se hace presente directamente en su totalidad, se mete en la realidad humana con toda su complejidad y contradicciones. Antes “escuchábamos” esa palabra proclamada por los hombres y mujeres inspirados por Dios. Como dice la Primera carta de Juan (1:1), “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído...”, ahora, además, se agrega “lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida...” El diálogo se hace con un interlocutor visible, palpable, no solo con una voluntad celestial que se manifiesta por mediadores, leyes,

¹ En esta línea, quien quiera profundizar puede aprovechar la *Cristología del Nuevo Testamento*, de O. Cullmann, editada por Methopress en 1965.

apelaciones y acciones sorprendidas, sino que, continúa la carta, “la vida fue manifestada y la hemos visto, y testificamos y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó”.

Pero esta presencia tiene un costo para Dios. Esa palabra se hace más vulnerable. Tanto, que hasta se la puede desoír, pero además por ser palpable, se la puede desechar, despreciar y hasta crucificar, darle muerte. Esa fue parte de la respuesta humana en ese diálogo. No queremos escuchar esa palabra, no la queremos aceptar porque nos cuestiona, nos saca de las costumbres consagradas, nos “subvierte”. Es que por encarnarse, esa palabra, en este diálogo, es una palabra que se mete en medio de la historia también tomando partido. No es una “invitación a trascender la historia”, es una palabra que asume la historia y la condición humana, con sus injusticias, divisiones, dolores. Se juega desde adentro, y por un lado sostiene, consuela y anima como palabra de amor, como gracia liberadora, la buena noticia –evangelio–; pero por el otro marca y nombra también la dimensión destructiva del pecado: la injusticia, la soberbia despótica, el prejuicio, las múltiples opresiones que han surgido en esta historia y de quienes han querido adueñarse del mundo. Por eso en su prólogo al Evangelio, Juan reconoce que (1:10-11) “en el mundo estaba, y el mundo fue hecho por medio de él; pero el mundo no lo conoció. A lo suyo vino, pero los suyos no lo recibieron”. El predicador debe saber que esa respuesta es posible. Si le ocurrió al mismísimo Dios en Cristo cómo puede no seguir pasando en nuestra realidad hoy.

Ese diálogo se hace entonces diálogo áspero, duro... tan duro que, acusado de blasfemo y subversivo para la religión y el orden que el mundo se dio, ese Jesús en el cual se encarna la Palabra de Dios, es crucificado. Hay un rechazo y Dios acepta ese rechazo, se duele en él, pero lo reconoce y lo sufre hasta la muerte. Pero como Dios es un “cabezadura” del amor salvador, no se conforma ni se retira ofendido con esa contundente respuesta y mantiene su disposición de dialogar con la humanidad. Y si algunos se han aferrado a su soberbia y poder para desoírlo, anularlo, no verlo ni sentirlo más, otros han descubierto en esa vida de Jesús su propia vida, el sentido que les faltaba, el amor que la justifica. Y para ellos y por ellos (nosotros, nosotras) esa palabra todavía sigue, vuelve a la vida, se hace Resurrección.

Es más, esa Palabra nos envuelve de tal manera que descubrimos que no solo Jesús es el hijo de Dios, sino que por esa Palabra todos lo somos: (Juan 1:12) “Mas a todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”, es decir, los que lo reciben se reconocen como hijos de Dios y se hacen, entonces, palabra de Dios para otros. La predicación es parte de ese ministerio.

Palabra de Dios con la misma orientación hacia la justicia, la gracia y el amor. El diálogo salvífico continúa, los tiempos siguen siendo plenos..., y así “ lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1Jn 1:3).

De las muchas consecuencias que tiene esta nueva manera de dialogar de Dios, no ya “con nosotros, los seres humanos” sino también “desde nosotros, los seres humanos, sus hijos e hijas”, quiero destacar dos:

- Si esta es la total Palabra de Dios que trae la “plenitud del tiempo”, no podemos esperar una revelación distinta, complementaria, ningún agregado, nueva dimensión, o cosa que se le parezca. Lo completo no puede completarse, no puede tener agregado, justamente porque es completo. De allí que todas las revelaciones de “nuevos secretos de Dios”, o de “tiempos especiales”, etc. solo pueden alimentarse de ilusiones sectarias. Dios no necesita ni libros del Mormón, visiones celestiales, segundos ungimientos o sentimientos

inefables para hablar su Palabra. El verdadero “ungido” ya se manifestó, y se manifestó como el Hijo. Esta plena Palabra tampoco necesita que surjan magisterios que la quieran controlar en su diálogo con la humanidad. Dios dice su Palabra y se encarna en ella, ya la habló, la habló toda, la habló en plenitud, la percibimos como totalidad (en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad –Col 2:9) y así instaló la plenitud del tiempo de la salvación.

- Pero, por otro lado, si esta es la total Palabra de Dios y es la plenitud del tiempo, esa palabra tiene que resonar en cada situación, para cada ser humano. Por ello, justamente, requiere ser escuchada, interpretada, vivida con alegría y compromiso en cada nueva generación, en cada contexto histórico. Porque no podemos esperar otra, porque esta ya es plena, es en esta palabra encarnada que encontraremos también el llamado y desafío, el amor y la misericordia, la justicia y la promesa de Dios como realidad viva para nuestro tiempo. Por eso, ser testigos de esta palabra, y encolumnarse en la línea de los primeros testigos (la iglesia “apostólica”) es también ser intérprete y anunciador de esa palabra. Por ello la Palabra encarnada que es Jesucristo se cuenta como historia de vida, se anuncia como Palabra liberadora, se celebra como mensaje de salvación, se rememora en la eucaristía, se vive como entrega y nutre la esperanza.

La Biblia, la Escritura en la cual los autores bíblicos han ido asentando su testimonio y esta realidad, se hace así la referencia decisiva para anunciar este mensaje, para invitar a los seres humanos a unirse y continuar con este diálogo. Ello no significa que “la revelación se ha cerrado”. El hecho de que estamos en el “tiempo pleno” de la presencia del Hijo, crucificado y resucitado, presente en su Espíritu, significa que Dios sigue actuando. Su Espíritu, entre nosotros, nos rememora y conduce en la misión (Juan 16:13: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber las cosas que habrán de venir”). Pero también, porque es tiempo pleno, actúa más allá de la frontera de la Iglesia –no sería pleno si solo se ocupara de una pequeña fracción de la humanidad, los creyentes. Parte del diálogo es seguir nombrando la forma en que Dios muestra hoy su misericordia y nos anima a ser parte de ella. La Biblia, por ello, es “canon” en cuanto testimonio de la plenitud de la revelación, indica su realidad y sentido. Por lo mismo, es invitación a sostener ese amplio diálogo de Dios, a incorporarnos en él, a ser testigos y mantener abierta la hospitalidad que hay en él, a ser intérpretes vivos de esa presencia.

a su debido tiempo manifestó su palabra por medio de la predicación... (Tito 1:3).

Esta Palabra sigue presente de muchas maneras, como hemos dicho. Porque es el tiempo pleno es también el tiempo oportuno de reconocerla. Una de ellas es la predicación. No entendemos aquí la predicación como término técnico para la homilía del culto a Dios trino (que ciertamente tiene su espacio), sino en su sentido original de anuncio público. La palabra que usa la Epístola (*kerygma*) se refiere a la actividad del heraldo, que en la antigüedad constituía el modo normal de hacer anuncios, que recorría calles y plazas a grito pelado para dar a conocer las novedades del día y los anuncios del “Señor” de turno. Hoy los medios técnicos han cambiado, pero el sentido de la “predicación” debemos mantenerlo: hacer público el anuncio, señalar la presencia y voluntad de nuestro Señor.

Los mismos testigos apostólicos nos marcan los muchos modos de cumplir con esta tarea “kerygmática”. Pedro y Esteban hablan ante la multitud en la plaza, Pablo envía cartas o da testimonio personal ante las autoridades. Tenemos una “homilía magistral” del judeocristianismo en la Epístola a los Hebreos, y Juan nos relata su visión desde la isla-prisión de Patmos. Otros entienden que la mejor manera de anunciar el Evangelio es

recordar y narrar los hechos, palabras, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret. Hay textos que apelan a imágenes del mundo rural, y otros que hablan de la realidad y experiencia del Evangelio en las grandes ciudades. Algunos se apoyan en la interpretación cuasi literal de la Escritura hebrea, y otros, o los mismos en otras circunstancias, en cambio se sienten libre de usarla en la construcción de metáforas y alegorías, o “enganchan” su mensaje con referencias a la cultura humana más amplia, o a las experiencias sociales de exclusión e injusticia.

En resumen, no hay un camino único, canónico, académico o magistral, de dar testimonio. La manera de recibir y responder a esta Palabra de Dios conoce muchas variantes, tantas como variada es la condición de la existencia humana. La sabiduría del Espíritu Santo quiso mostrarnos esta riqueza, incluyendo distintos autores, lenguajes, ámbitos, modos de interpretación, entre las tapas del Nuevo Testamento. Algunos, incluso, polémicos aún entre sí. Lo que queda claro es que todos afirman la certeza de la presencia viva de Dios en Jesús el Cristo, su potencia de vida, la inacabable fuerza de su amor, la promesa que encierra la resurrección. Lo “canónico” es la voluntad de llevar adelante este diálogo con la Palabra “...que me fue encomendada por mandato de Dios, nuestro Salvador”.

La predicación en Hechos

El libro de los Hechos de los Apóstoles es, justamente por narrar los comienzos de la Iglesia, el que trae varios ejemplos, si bien resumidos, de predicación y testimonio en los orígenes de nuestra fe. Este “tratado” es la continuación del Evangelio de Lucas, y se atribuye al mismo autor. Sin embargo sus fuentes son distintas (“Lucas” ya ha reconocido que usa fuentes en el prólogo de su Evangelio –Lc 1:1-4). Claramente se puede distinguir en *Hechos* unos primeros textos, hasta el capítulo 15, que dependen de fuentes externas al autor. En cambio en Hch 16:10 aparece la primera persona del plural: “Dios nos llamaba”... Si bien los estudiosos tienen distintas interpretaciones de estos párrafos escritos en “nosotros”, es evidente que el tono del escrito cambia. No solo por ello. A partir de estos capítulos Pablo pasa a ser el protagonista exclusivo de la trama, y Pedro, que era el personaje central en los primeros 15 capítulos, desaparece totalmente –se lo menciona por última vez en 15:7-11. Tanto que ni siquiera es mencionado cuando la escena vuelve a centrarse en Jerusalén en los capítulos 21-26.

Además se hace decisiva la inserción de la fe cristiana en el mundo gentil. Ya Pedro produce un primer acercamiento con su predicación en casa de Cornelio, pero luego de las resoluciones del Encuentro apostólico en Jerusalén (cap. 15), la conversión de los gentiles pasa a ocupar el plano central, se amplía el círculo geográfico hasta llegar a Europa y a la misma ciudad de Roma, y predomina el ámbito urbano de la misión más que el rural de los primeros tiempos.

Ello trae modificaciones también en las formas y ejemplos de predicación que registra el libro. Todas las “predicaciones” son del autor del libro, y se evidencia que la mano del redactor intervino en la “transcripción” de los mensajes. En realidad son verdaderas reelaboraciones de la teología “lucana”. Sin embargo, esto no anula la diversidad: los distintos mensajes muestran los contextos distintos a los que se dirigen, ciertas particularidades propias de la situación de los “predicadores”, cómo cada uno de ellos construye su mensaje y podemos apreciar las distintas reacciones del “público”. En los textos escogidos a continuación, todos “predicaciones apostólicas”, puede apreciarse, al mismo tiempo, como el autor del libro ha influido en la redacción y emparejado ciertos aspectos teológicos, y cómo ha respetado sus fuentes y las condiciones diversas en que el Evangelio fue escuchado, recibido o rechazado, como se fue dando en los primeros

testimonios de la Iglesia este “diálogo de la salvación”. Estudiemos con cuidado estos textos pues nos muestran variantes en los modos y formas que adquirió la proclamación del Evangelio en sus comienzos.

Textos: Hechos 2: 14-42

Hechos 3:11-26

Hechos 7:1-54

Hechos 10: 33-46

Hechos 13:16-48

Hechos 14:1-23

Hechos 17: 16-33

Hechos 20: 17-34

Hechos 21:40-22:22

Hechos 24: 1-23

Hechos 26: 1-29

Preguntas para estudiar los textos

Me permito sugerir una guía para que puedan examinarse cada uno de estos textos y puedan ayudarnos como orientadores en la tarea homilética

En cuanto al predicador

- ¿Cómo introduce su mensaje? ¿Qué elementos testimoniales contiene?
- ¿En qué términos se dirige a los oyentes? ¿Qué actitud muestra hacia ellos?
- ¿Cuál es la exhortación que dirige a sus receptores?

En cuanto a los oyentes

- ¿En qué circunstancias se produce la predicación, cómo se compone el auditorio?
- ¿Qué situación de sus oyentes (o grupos de destinatarios) nos muestra el texto?
- ¿Cómo reaccionaron los oyentes ante este mensaje?

En cuanto al texto en sí

- Identificar el tema central del texto.
- Dividir el texto en partes de acuerdo a sus subtemas.
- Indicar la organización que tiene el texto, sus diversos puntos, relación entre ellos.
- Indicar si se aprecia un desarrollo del tema en las distintas partes. ¿Cómo?
- Tratar de resumir en una oración cual es el mensaje central del texto.
- Señalar la conclusión del texto.

Segunda Parte

La práctica de la proclamación

La preparación

En la primera parte hemos trabajado la lectura del Antiguo y del Nuevo Testamento como expresiones del diálogo salvador de Dios con la humanidad, en el registro "canónico" de las Escrituras. En esta segunda parte trabajaremos más el tema de la interpretación de los textos en función de la proclamación del mensaje de salvación en el momento actual. Esta tarea es lo que se llama...

HERMENÉUTICA.

En el lenguaje teológico la palabra *hermenéutica* ha recibido por lo menos tres niveles de significación.

1. En su acepción más estrecha ha sido equivalente de la palabra *exégesis*. En este nivel se entiende la tarea de análisis de los textos bíblicos en sentido estricto.
2. En un segundo sentido, se entiende por *Hermenéutica* la búsqueda de actualización del significado de los textos, la relevancia del mensaje bíblico para el día presente. Mientras la *hermenéutica* entendida como *exégesis* se centra en el texto, la *hermenéutica* en este segundo sentido se centra en el lector, o mejor aún, en la relación texto-lector (o: "la comunidad que lee el texto").
3. En un tercer sentido, más amplio aún, se entiende por *hermenéutica* la tarea teológica en sí misma, la necesidad de volver a leer y pensar constantemente nuestros textos fundantes y nuestra vida como Iglesia, para discernir el mensaje y la acción que hoy expresan el Evangelio. Se habla así de un *círculo hermenéutico*, que incluye la lectura crítica de la realidad que hoy vivimos, la reinterpretación del texto a la luz de las preguntas que surgen de esa realidad, la reflexión de la fe y la acción de la Iglesia para transformar la realidad mediante el mensaje del Evangelio, y una nueva lectura de la realidad a partir de esa experiencia, y así sucesivamente.

Desde el principio del cristianismo la necesidad de interpretar rectamente los textos sagrados ha sido motivo de diferentes formas de aproximación exegética. II Pedro 3:15-16 nos muestra que aún en tiempos del Nuevo Testamento había ya un esfuerzo por discernir el sentido de los textos más difíciles, y que no todos acordaban en la correcta interpretación. Con el tiempo se fueron fijando distintos principios de *exégesis* dentro de la teología cristiana. Estos fueron cambiando, pero de todos podemos aprender algo.

En la época medieval ya se había establecido una lectura de *los cuatro sentidos*: en todo texto había que encontrar cuatro sentidos:

1) *sentido histórico*: lo que el texto narra o describe en forma inmediata, los hechos (gesta) que vivieron los protagonistas, los mensajes que comunicaron, y su relato por parte de los escritores de la historia bíblica,

2) *sentido alegórico*: en esta comprensión hay en todo texto además del sentido evidente, un sentido oculto tras el relato histórico, un mensaje indirecto que revela el misterio de Dios tras las figuras históricas. Se entendía que las figuras históricas eran modelos o tipos (por ejemplo, la forma en que Pablo utiliza las figuras de Adán, Abrahán, Sara y Agar en sus

cartas a los Gálatas y Romanos). También se han interpretado alegóricamente las imágenes y símbolos bíblicos, los números, las visiones, etc. Este es el sentido que más se presta a una lectura arbitraria y ya Lutero señaló su abuso para llegar a conclusiones que nada tenían que ver con el texto en sí. Este sentido es el que más se ha combatido en la llamada "exégesis científica" moderna.

3) *sentido moral*: todo texto lleva, por prescripción o prohibición, como ejemplo a seguir o conducta a evitar, una enseñanza moral. De esa manera el intérprete, sostenían los exégetas medievales, debe ver como el texto se aplica a la vida y la conducta de los creyentes. El sentido moral se constituye en la forma de aplicación y enseñanza del texto para la vida cotidiana del creyente.

4) *sentido anagógico*: la finalidad última de todo texto bíblico es señalar la presencia salvadora de Dios, de manera que en todo texto se lee también una dimensión escatológica, que apunta hacia el fin de los tiempos, hacia la plenificación de lo creado. Los medievales llamaban a éste sentido anagógico (conducir hacia arriba) y veían en este cuarto sentido la fuente de esperanza que subyace a cada pasaje de las Escrituras.²

La exégesis de los cuatro sentidos de la Escritura dominó durante mucho tiempo, y hoy se sigue escuchando y leyendo en predicaciones, estudios bíblicos, reflexiones pastorales de las más distintas tendencias, donde abunda la alegoría, el sentido moral y el anagógico. Como queda dicho, la Reforma se plantea un lugar central en el estudio y proclamación de la Biblia, y los comentarios bíblicos de Lutero, Calvino y los otros reformadores, abandonan este método y se propician un acercamiento mucho más apegado a la letra, y especialmente a la dimensión doctrinal.

Pero en el Siglo XVIII aparecen los primeros intentos de una aproximación más científica a la Biblia, la llamada *crítica bíblica*. Los descubrimientos arqueológicos, las nuevas teorías científicas, las tendencias racionalistas en Europa, obligaron a replantear ciertas interpretaciones de la Biblia. Frente a lo que parecía una falta de respeto al texto, algunos cristianos reaccionaron y se inclinaron por afirmar la absoluta inerrancia literal del texto (interpretación fundamentalista), mientras otros procuraron establecer un diálogo entre la Biblia y el mundo moderno (interpretación modernista), quedando muchas y diversas posiciones intermedias. Estas discrepancias teológicas también han marcado la exégesis, ya que las distintas maneras de entender la inspiración, autoridad o inerrancia de las Escrituras inciden en cuanto a la aceptación o no de parte de algunos autores de los métodos y propuestas de otros.

Es en el sentido histórico de los textos donde se da el primer aporte de los métodos más modernos. En la búsqueda de la más ajustada lectura e interpretación, el exégeta de hoy procura delimitar los textos, precisar el significado exacto de las palabras y frases, ubicarlos en su marco escriturístico más amplio, relacionarlos con su contexto histórico. Esto aporta precisión a la lectura bíblica y evita interpretaciones arbitrarias o antojadizas. La exégesis contemporánea busca apegarse más al estudio del texto mismo y valerse de métodos más rigurosos, apelando en muchos casos a las ciencias bíblicas, vinculadas con las ciencias seculares (lingüística, historia, arqueología, geografía, e incluso más recientemente a la semiología, sociología, economía, antropología cultural, narratología). Este diálogo con las ciencias seculares en algunos casos ha confirmado los textos bíblicos,

² Fuente: H. de Lubac: *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'Écriture*. 4 tomos, Aubier, París, 1959

pero en muchos ha traído problemas que han obligado a nuevas formas de aproximación e interpretación de las Escrituras³.

La exégesis moderna no ha establecido aún un procedimiento único, y diferentes corrientes de estudio de la Biblia proponen diferentes alternativas para realizar la exégesis bíblica. Tratando de mostrar un esquema más abarcador, podemos indicar los siguientes elementos que son objeto del estudio bíblico:

Introducción bíblica: describe las circunstancias de aparición y composición de cada texto bíblico y su ubicación dentro del canon, autor, ocasión del escrito, receptores, género, etc. También estudia la integridad de los textos, las tradiciones a las que responde, las distintas épocas y ediciones a que fueron sometidos, etc.

Contexto escriturístico: cuando se estudia un pasaje (*perícopa*) en particular, se procura establecer el vínculo de ese texto con todo su contexto. Es la ubicación del pasaje estudiado dentro del contexto más amplio de todo el libro, de las perícopas que están antes y después, a fin de establecer la articulación lógica del texto. Las divisiones en capítulos y versículos son relativamente tardías (de los Siglos XIII y XVI, respectivamente) y no son necesariamente los mejores indicadores de los cortes dentro del texto. Este estudio se complementa con estudios de gramática, retórica y estilística de las lenguas bíblicas.

Crítica textual (establecer el texto): Perdidos los originales, y dependiendo de copias que se remontan, en los mejores casos, a tres y cuatro siglos después de Cristo (con la excepción de algunos manuscritos de unos pocos textos del Antiguo Testamento que se encontraron en las cuevas del Mar Muerto --Qumrán), los textos han sufrido alteraciones a manos de los copistas. La exégesis trata de reconstruir el texto más cercano al original, mediante el uso de ediciones críticas (Biblia Hebraica Stuttgartensia y Novum Testamentum Graece, 26 ed. de Sociedades Bíblicas Unidas, son las más usadas y confiables).

Traducción: Toda traducción del texto es ya un principio de interpretación. Sólo un conocimiento profundo de las lenguas bíblicas permite una traducción autónoma. Los recursos disponibles para el no especialista son las diferentes versiones, que en castellano hay muy buenas, y la posibilidad de cotejar entre ellas, las versiones interlineales, los léxicos y diccionarios analíticos y las "claves lingüísticas". Hoy hay muy buenas herramientas en programas de computación que nos traen varias versiones, diccionarios, y diversas herramientas que facilitan el trabajo de exégesis. Algunos comentarios bíblicos también proponen su traducción de los textos que consideran.

Contexto histórico: Los textos bíblicos surgieron en, y reflejan, situaciones históricas concretas. Conocer ese marco en el cual surgieron permite comprender el sentido histórico del texto. También es necesario, muchas veces, tener un conocimiento geográfico del lugar al que el texto se refiere. Las leyes y formas de gobierno, los usos y costumbres de la antigüedad, tan distintos a los nuestros en muchos aspectos, deben ser tenidos en cuenta a los efectos de comprender el sentido de muchos textos. Aún cuestiones sociales y económicas (p. ej., la existencia y características de los sistemas económicos basados en el trabajo de esclavos, las relaciones de patronazgo, las cargas impositivas, el régimen de tenencia de la tierra, o las leyes que regulaban el pago de deudas) y culturales (p. ej., los códigos de honor, la situación de la mujer, al ambiente y prácticas religiosas propias y

³ Hay muchos recursos sobre los distintos métodos. Recientemente editorial La Aurora publicó un texto de varios autores sobre las nuevas metodologías y enfoques: *Nuevas aproximaciones al texto bíblico* (Buenos Aires: La Aurora, 2023).

ajenas) deben ser consideradas a la hora de estudiar textos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Hoy hay diferentes recursos en manuales, diccionarios y enciclopedias bíblicas, libros de arqueología e incluso recursos en Internet para consultar sobre estas cuestiones.

Análisis literario: Las ciencias del lenguaje se han desarrollado en múltiples formas en el presente siglo. A los estudios tradicionales filológicos, de gramática y retórica, se han incorporado los análisis semióticos, estructurales, narratológicos, etc., que procuran establecer la "circulación de sentido" de un texto a nivel lingüístico. En este plano tiene importancia también el estudio semántico, procurando establecer el significado de las palabras del texto en cada uso específico. Las concordancias y vocabularios bíblicos son herramientas muy útiles para esta tarea.

Esta labor exegética debe ser completada con la tarea propiamente hermenéutica, es decir, la interpretación y proclamación del significado, histórico y actual, del texto. La tarea hermenéutica supone relacionar el "mundo del lector" (las circunstancias de vida en las que el texto es recibido) con el "mundo del texto" (el texto como testigo de una historia, de una visión, de una fe). Esta tarea hermenéutica supone establecer los puntos de diferencia y de coincidencia entre ambos mundos. Las nuevas teorías hermenéuticas plantean que los textos en general, y los textos bíblicos específicamente, tienen una "reserva de sentido". Esto quiere decir que un texto tiene más de una significación, que es posible leerlo a distintos niveles y descubrir nuevos sentidos a un texto. La orientación fundamental del texto se mantiene coherente, aunque distintos lectores pueden descubrir cómo les habla a ellos, y qué les dice específicamente en su situación. Esto permite que un texto mantenga su valor de actualidad en diversas circunstancias históricas, sociales y culturales.

Desde el punto de vista teológico esto permite decir que a la inspiración del texto corresponde una inspiración del lector (del intérprete, del predicador), que actualiza el mensaje redescubriendo el Espíritu en las palabras. El mismo Espíritu que inspiró la letra inspira su lectura. Esto se comprende como la dimensión objetiva y subjetiva de la inspiración, o como la "doble inspiración". La Palabra escrita en la Biblia, si no se lee desde la fe (inspiración subjetiva) no necesariamente se nos vuelve palabra de vida: Es en la comprensión y disposición a escuchar al Dios que se nos revela en ella que percibimos su voz. Pero por otro lado, aún con todo el corazón emocionado, con toda la inspiración más profunda y con la mayor espiritualidad, si no confrontamos nuestra fe con la Palabra escrita en la Biblia (inspiración objetiva) corremos el riesgo de confundir la palabra de Dios con nuestras propias ideas o fantasías.

La Palabra de Dios no descansa en la superficie del texto, Su Verdad no es apariencia, pues depende de la fe que penetra en lo profundo del ser. Por eso se habla de la **polisemia** de los textos bíblicos: detrás de la **superficie** del texto es posible descubrir la **profundidad** del texto, que es donde aparecen los niveles de significado pertinentes, aquellos ecos de la Palabra que hoy resuenan como llamado a la fe y nos permiten llevar el mensaje al receptor. De esa manera, la tarea de la exégesis (análisis del texto) debe ser completada con la tarea de la hermenéutica: interpretación y comunicación del mensaje actual del texto.

Pero no creamos que el Espíritu habla a través del predicador. La inspiración ocurre en el encuentro de la palabra (la Palabra) con quien la recibe. Por eso también es posible una predicación dialógica, el intercambio que ocurre entre la propuesta del predicador y la respuesta del oyente. Ese diálogo se produce siempre: ocurre 'en la cabeza' del oyente; a

veces, si hay una dinámica apropiada, se explicita en el diálogo litúrgico. O muchas veces en los comentarios posteriores, en la mesa familiar de la familia que asistió al culto, etc.

El estudio de la Palabra, base de la proclamación.

Sea en la predicación como en las otras formas de proclamación (enseñanza, devoción, servicio, etc.), nuestra tradición reconoce su base en la Biblia como expresión privilegiada y normativa del testimonio de la fe. Sin embargo, no debe confundirse el estudio exegético y hermenéutico con el acto de la proclamación. Ahora consideraremos en términos prácticos, lo que va del estudio “técnico” de la Biblia al anuncio público de la Palabra.

Como hemos señalado en los anteriores acápites, la interpretación es la forma de “abrir el canon”, mostrar que Dios sigue actuando y revelándose en el día de hoy, y esto es lo que da sentido al llamado. Dios no se revela en palabras, fórmulas o rituales sino en los acontecimientos. En todo caso, en los textos bíblicos, las revelaciones de visiones o audiciones divinas siempre están referidas a los hechos que Dios ha protagonizado, realiza o prepara. Las palabras conforman el testimonio de quienes, por la fe, han captado la presencia de Dios en estos hechos.

Las fórmulas (credos, himnos, letanías, etc.) y rituales (circuncisión, sacrificios, ayunos, celebraciones del AT. y bautismo, Santa Cena, imposición de manos, etc. en el NT.⁴) son otras maneras de comunicar estos hechos, de ayudar a recordarlos y sintetizarlos con un valor afectivo. Si bien se desarrollan en la “esfera humana”, reciben su inspiración de la acción de Dios, y forman parte de la manera en que Dios nos ayuda a vivir la fe que Dios mismo ha inspirado. También hay constancia de ellos en los textos bíblicos. Conforman parte de la “estrategia comunicativa” de Dios en su diálogo con los seres humanos. Por ello mismo acompañan pero no pueden sustituir a la palabra (ni la palabra reemplazarlos). Nuestra “palabra” se nutre de la palabra de los testigos de una parte de esa acción divina, que, por inspiración del Espíritu⁵, reconocemos como guía que nos ayuda a discernir la activa presencia de Dios en nuestras vidas y en nuestro mundo.

Esto es lo que nos lleva al hecho de la interpretación: ver la acción de Dios hoy requiere poder descubrir los modos y sentido de la presencia eterna de Dios, para lo cual el canon nos sirve de guía. Es decir, mediante nuestra interpretación, pero sobre todo mediante nuestra experiencia de fe y nuestra vida en la comunidad de fe, recuperamos y proyectamos esa palabra como expresión de “La Palabra”. Este es el sentido de la proclamación, de la cual la predicación es una herramienta (proclama siempre, cuando sea necesario, usa palabras). Esto se plantea en tres pasos: la lectura del texto como Palabra de Dios mediada por la vida del testigo, la ubicación del texto en su contexto y el nuestro para poder percibir la pertinencia del mensaje y nuestro testimonio en continuidad con el texto bíblico.

Ahora bien, los testigos de los textos bíblicos no se expresaron en un solo tipo de lenguaje, ni registraron los hechos de Dios como crónica histórica o científica (sería imposible hacerlo si verdaderamente son hechos divinos). Así, el testimonio bíblico contiene relatos históricos y míticos, construcciones legendarias, poemas y salmos, parábolas y oráculos, relato de visiones y afirmaciones de fe, oraciones y proverbios, etc., todos géneros propios de la literatura, que compartimos con los diferentes pueblos, culturas y religiones. También en este sentido la Palabra se encarna en formas “humanas”. Decir que tal texto es

⁴ La relación entre estos y la palabra predicada se puede ver más adelante y en el texto de K. Barth “La predicación del Evangelio”.

⁵ Recordar lo que se ha estudiado sobre inspiración objetiva y subjetiva del Espíritu en la Escritura.

“mito” o “poema” no lo desacredita como verdad (a pesar de las expresiones populares), sino que señala un tipo de género literario, es decir, una forma de comunicación humana, que después habrá que interpretar adecuadamente de acuerdo a ese género. Por si el lenguaje oral o escrito no alcanzara, también la Biblia nos habla de danzas (Ex 15, 2Sm 6, Sal 30:11, etc.), comidas y fiestas, ofrendas y hasta el descanso como formas de reconocer la obra de Dios y honrarla. La tarea del predicador es reconocer estas diversas formas, discernir en ellas el núcleo significativo para hoy, y a su vez anunciarlo. Y también tiene para ello disponibles diversos lenguajes.

El proceso de la interpretación.

Lo primero que tenemos que reconocer es que todo predicador es antes que un expositor, un lector de la Biblia. Y que en el acto mismo de leer ya estamos asumiendo varias interpretaciones previas del hecho divino. El “hecho” ha quedado en la historia. Ya no podemos ver cómo fue crucificado Jesús, saber los nombres de los bandidos que fueron crucificados con él, o la cantidad de soldados que había. El hecho viene envuelto en la interpretación del testigo “primario” (el profeta, el apóstol, la comunidad que genera el texto y lo transmite, sea en forma oral o escrita), la interpretación de los editores⁶ y traductores de esos testimonios, así como se nos impone la formación teológica previa que tenemos, seamos conscientes de ella o no. También nuestro contexto y hasta nuestro estado de ánimo “leen” el texto para nosotros aún antes de que comencemos formalmente el proceso de interpretación.

Vale la pena repetir: el “hecho divino” solo lo recibiremos desde dos fuentes: la palabra de los primeros testigos que, inspirados por el Espíritu, nos lo dejan por escrito, y nuestra experiencia de fe (personal, comunitaria) que la recibe y acepta (testimonio externo e interno del Espíritu). Otras dos dimensiones nos ayudan en la tarea de recibir e interpretar el hecho: por un lado la “tradición” de la Iglesia: cómo lo recibieron e interpretaron los hermanos y hermanas que nos precedieron en el camino de la fe –padres y madres apostólicos, predicadores y teólogos, comunidades proféticas, misioneros y reformadores, hombres y mujeres de acción que pusieron por obra el mandato de amor.

Por otro lado también tenemos el don de la razón: cómo la inteligencia y ciencia que Dios nos ha dado, cuando nos dejamos guiar por su presencia, nos ayudan a estudiar, discernir y comunicar la palabra. De qué manera los conocimientos que tenemos (históricos, científicos, culturales) nos ayudan como herramientas aptas para ver los distintos aspectos que hay en el mensaje de Dios. De esta manera se conforma lo que algunos han llamado el “cuadrilátero” que Juan Wesley proponía como el modo en que se elabora la teología y la predicación: Biblia, experiencia, tradición y razón. Cada una ayuda y sostiene a las otras.

El proceso de interpretación comienza cuando intentamos reconstruir el hecho, o las circunstancias en las cuales el hecho es percibido, o las lecturas que el hecho desencadena. Es decir, descubrir el modo y la actuación de Dios en la vida humana, en este diálogo

⁶ Son varios los “editores”, que han intervenido en distintas fases del testimonio. Así, los dichos de Jesús antes de ser el testimonio que hoy tenemos en el libro de Lucas, por ejemplo, pasaron por manos de editores primarios, que luego Lucas reunió y seleccionó y ordenó como editor secundario (Ver Lc 1:1-4). A su vez también son varios los traductores. En el mismo evangelio las palabras de Jesús aparecen en griego, aun cuando seguramente fueron dichas en arameo, y nosotros hoy las leemos en un castellano actual, que revisa el castellano del S. XVI en el cual fue originalmente escrita nuestra edición RV. Cada uno de estos procesos ya hace una selección de términos, modos de expresión y aún elementos gráficos (división en capítulos, uso de títulos y subtítulos, tipos de letra, ilustraciones y aún colores, versificación y espacios) que condicionan nuestra lectura.

salvífico que nos propone. Esto es lo que llamamos “revelación”. Qué hizo Dios (Creador, el Hijo, el Espíritu), cómo fue percibido por los seres humanos (los que lo hacen desde la fe y los que no), cuál es la relevancia, la importancia de esta presencia y este hecho para las vidas de estos primeros testigos y para las nuestras, de qué manera percibimos la obra y voluntad de Dios actuando de manera similar hoy para nosotros. ***Estas preguntas son claves y generan el primer elemento de la interpretación.***

Tomemos un ejemplo central: las apariciones de Jesús tras su Resurrección. Tenemos al menos cinco relatos distintos: los cuatro evangelios (Mt 28, Mc 16⁷, Lucas 24, Juan 20 y 21, y 1Co 15). Ninguno de los 5 coincide en el número e identidad de los testigos, lugar y ocasión de las apariciones, palabras y acciones de Jesús en las mismas. El Evangelio de Mateo incluso nos trae el testimonio “indirecto” de quienes niegan este acto; “los discípulos vinieron de noche y robaron el cuerpo” y sostiene que esto siguen diciendo algunos “hasta el día de hoy (Mt 28:11-15)⁸. Hay un “acto divino”: Dios levantó a Jesucristo de entre los muertos. Pero hay distintas percepciones y tradiciones acerca de ese acto. Y también distintas interpretaciones de este hecho, que se mostrarán en predicaciones (como las de Pedro y Pablo en Hechos) credos, himnos, actos litúrgicos, y de las cuales los distintos escritores bíblicos sacarán consecuencias diversas –por ej., las consecuencias que Pablo saca del rito bautismal en Romanos 6. Es decir, el hecho se vuelve “pertinente”, se hace importante y cobra un sentido especial en cada circunstancia.

En esto hay que ser cuidadoso y hacer justicia al texto como está escrito, para evitar los excesos interpretativos, que ponen en el texto cosas ajenas a su sentido e intención. Pero también para descubrir otros sentidos que el texto esconde, por la potencia del Espíritu de Dios obrando en él y a través de él (“así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” – Isaías 55:11).

Esta es la parte que llamamos “exégesis”: una lectura detallada del texto con la ayuda de comentarios, concordancias, diccionarios bíblicos y otras herramientas. Pero la exégesis debe ser orientada ya por las preguntas de interpretación: *cuál es el hecho divino y su significación*. Esto es incluso cierto para textos como, p. ej., las recomendaciones éticas de las cartas paulinas, porque es lo que evita caer en el legalismo de las interpretaciones fundamentalistas y moralistas. Pablo interpreta y aplica el hecho de la Cruz y Resurrección de Cristo, y su iluminación por el Espíritu de Dios, a diversas circunstancias de la vida diaria: así, el “hecho” es que por la acción del Espíritu nosotros somos constituidos “Templo del Espíritu Santo”. Y de allí saca consecuencias para la vida cotidiana, en temas tales como la mesa y la sexualidad (1Co 6). Es decir, Pablo hace una *interpretación* del hecho de Cristo y lo aplica a una cuestión que hace al testimonio de esa comunidad. En otras palabras descubre su *pertinencia* en esas circunstancias.

¿Es “guardar el cuerpo de fornicación” el mensaje central de la Cruz de Cristo, o de la presencia del Espíritu en nuestras vidas? Sería reducirlo mucho –que es el perjuicio que causa el moralismo. La redención es mucho más que eso. Pero, ¿era el mensaje *pertinente* para esa congregación en esa situación? Esto sí parece ser el caso, ya que la ciudad de Corinto era reconocida por sus burdeles y vida licenciosa. La tarea de interpretación no solo

⁷ Los manuscritos más antiguos del Evangelio de Mc terminan en el 16:8; los versículos que siguen han sido agregados para darle un final que, o bien se había perdido, o era muy abrupto.

⁸ Es notable que también es esta la explicación que María Magdalena insinúa en su conversación con el “jardinero” antes de darse cuenta de que es Jesús, Jn 20:15.

busca el mensaje “central”, sino, sobre todo, el mensaje pertinente, adecuado a las circunstancias, propio de las preguntas que se hace o de las situaciones que vive el creyente en su día a día. Por eso aún la tarea de la “exégesis” debe ser orientada por la interpretación del texto como búsqueda y exposición del sentido.

La pertinencia del mensaje.

“Con el diario en una mano y la Biblia en la otra”, decía el teólogo suizo Karl Barth acerca de la tarea de interpretar la Escritura. Más desconfiado de lo que dicen los diarios, y más preocupado por una realidad que muchas veces los diarios no reflejan, el Obispo mártir Enrique Angelelli, de La Rioja, decía: “Con un oído al pueblo y el otro en la Escritura”. La pregunta sobre la *pertinencia* surge de la tarea misionera de la Iglesia, de nuestro involucramiento en la realidad cotidiana de quienes han de ser los receptores (y por ello, partícipes) de la proclamación. El mensaje acompaña el compromiso de fe y amor, no lo sustituye. La tarea de proclamación no se limita a la predicación. Es más, si no hay un compromiso de vida con las personas a las que se anuncia el mensaje, podrá haber predicación pero difícilmente proclamación.

Por cierto que esto puede variar dependiendo de las circunstancias. Un predicador invitado tendrá formas de hacer pertinente su mensaje tomando en cuenta la realidad más amplia del contexto en que vivimos, así como el predicador que surge de la misma comunidad conocerá algunas cuestiones más cotidianas a las que dirigirse. Esto es a la vez una ventaja y un peligro: el de confundir el mensaje pertinente que proviene del texto con “lo que les quiero decir a estos de todas maneras”. Para ello hay que aplicar algunas reglas de las que apuntaremos más adelante: “como el texto me habla y corrige a mí, antes de hablar y corregir a otros”, y “la predicación no es ocasión para decir lo que yo quiero decir, sino para que Dios hable al pueblo”.

La pertinencia puede tener que ver con condiciones objetivas de la vida de nuestro pueblo, para lo cual tenemos que ver la situación social y cultural en que vivimos, pero también ayudarnos con la “exégesis sociopolítica”⁹ del texto bíblico. O quizás la pertinencia tendrá que ver con situaciones comunitarias, la dinámica congregacional de la que participamos, los problemas y momentos que vive la comunidad de fe, para lo que nos serviremos de las referencias de los comentarios sobre la situación de las primeras comunidades cristianas. O descubriremos la pertinencia de un texto para particularidades subjetivas, los estados de ánimo que puedan haber en las personas que participan, debido a situaciones personales o comunitarias que nos afectan.

Hay textos que hablan más claramente y responden mejor a ciertas ocasiones, pero no debemos desconocer que la mayoría de los textos, cuando son estudiados a fondo, nos muestran su pertinencia para más de una dimensión, pues siempre contienen la referencia, directa o indirecta, al hecho divino, que abarca siempre toda la vida humana, que es la

⁹ Exégesis socio-política, o también la llamada “exégesis de los cuatro lados: social, económico, político, cultural” son métodos de análisis del texto bíblico que buscan entender las circunstancias y condicionantes de esas realidades en los textos bíblicos. Se valen de información histórica y arqueológica para comprender la forma en que estaban estructuradas las sociedades antiguas, y ver las repercusiones que en ellas tenían los hechos a los que se hace mención en la Biblia. Por ejemplo, no es un hecho menor que la crucifixión, como castigo en el Imperio romano, se aplicara solo a esclavos desobedientes o fugitivos, o a rebeldes políticos, y era llamada “muerte infamante”. Esto nos ayuda a entender la dimensión que tenía para los escuchas del primer mensaje cristiano que Jesús había sufrido muerte de Cruz. Esto lo ponía automáticamente a Jesús en la línea de los enemigos del imperio romano, los que buscaban la libertad.

propuesta divina para la salvación de toda su creación, que conduce a la plenitud de vida de todo y en todos, todas. Pero, justamente por lo mismo, para no hablar simplemente de generalidades, es necesario, a la vez que reconocer el centro del mensaje, poder discernir sus niveles de pertinencia.

Es cierto que a veces la pertinencia surge en el que escucha más que en la intención del predicador. El Espíritu hace que la palabra sea recibida como “la Palabra”. Más de una vez un predicador, sin conocer siquiera a la persona o la circunstancia, ha escuchado que alguien a quien no conoce le diga: “parece que me estuviera hablando directamente a mí”, o “eso era justamente lo que necesitaba”. O a veces hay elementos culturales que vuelven pertinente un mensaje aun cuando responde a situaciones generales, o particulares de otro tiempo. Así, p. ej., ciertos elementos de la ética sexual paulina para la comunidad de Corinto resonaron con gran fuerza en todo un sector social del tardío imperio romano, que estaba angustiado por las costumbres hedonistas de su tiempo, aún dentro de cierto sector del cristianismo, dando origen al movimiento de castidad monacal. La Palabra siempre va más allá de nuestra palabra.

En búsqueda de la pertinencia, también hay algunas preguntas que nos ayudan:

¿Qué cosas similares descubres y cuáles diferentes en el texto bíblico y nuestra realidad y condiciones para predicar?

¿En qué términos expresaríamos lo que dice el texto para nuestra propia sociedad y congregación?

¿Cómo nos sentiríamos si debiéramos predicar un mensaje similar?

¿Cómo sería nuestra apelación a los/las oyentes?

¿De qué manera estos textos nos ilustran sobre el diálogo salvífico de Dios con la humanidad? ¿Cómo influyen en nuestra comprensión y respuesta al Evangelio?

Camino a la comunicación.

Pero el compromiso de la proclamación ni la tarea de la predicación terminan con haber estudiado el texto, buscado la interpretación pertinente y haber decidido el mensaje, todo ello, por cierto, en oración. Viene la tarea de comunicación. ¿Cómo expresar lo que uno mismo ha percibido como el mensaje de Dios? Aquí es donde la tarea de predicación aparece en lo que tiene de dimensión artística. Hay, por cierto, factores personales que intervienen en este arte, y hay algo de don que se pone en juego, que tiene que ver con personalidad, cultura general, disposición artística y hasta capacidad histriónica. Pero ello no es todo.

Yo soy malísimo para el dibujo. No es un don que me haya sido concedido, y mis peores calificaciones en la escuela siempre fueron siempre en dibujo (y soy honesto, si algún compañero no me salvaba de apuro todavía estaría en primer año). Una vez tuve que dar examen libre, y conociendo a la profesora, sabía que iba a ser mi puente roto, imposible de pasar. Mi padre pagó una profesora por cuatro meses. Ciertamente la mujer hizo lo que pudo, pero mi habilidad no mejoraba. Pero con todo me dio ciertos consejos prácticos, me adiestró (sic) en algunas técnicas y trucos, me enseñó a combinar los colores y hacer algunos trazos que, sin hacer de mí un artista, me permitieron salvar la situación. Así aprendí que lo que “natura no da, Salamanca ayuda a disimular”. No todos tenemos la misma facilidad de palabra, ni la misma potencia de voz, o la misma plasticidad en los gestos o facilidad y simpatía comunicativa. Pero algo de todo ello se puede aprender con la práctica y con una disposición humilde para el aprendizaje.

Pero en el arte de la predicación sí hay algo que es dado y que nos es posible transmitir más allá del arte comunicacional, y que es la convicción de lo que se dice. El primer elemento de la predicación es saber que uno está procurando compartir, y descubrir también en los otros, la presencia de Dios en nuestras vidas, el mensaje de plenitud en Cristo, la guía que nos da su Espíritu. A partir de allí intervienen factores humanos diversos. Pero todas las técnicas y capacidades no reemplazan el hecho testimonial que encierra la predicación.

Como ya se planteó anteriormente, por ello mismo es que el sermón debe ser una comunicación abierta. Dejar que el que escucha elabore desde su propia subjetividad los elementos que compartimos. Plantear la pertinencia de un enfoque al texto bíblico no debe limitar la posibilidad de que los otros miembros de la comunidad, aunque sea en el diálogo interior, descubran otras facetas. Lo que hace una predicación pertinente no es que se dirige a un tema particular con un enfoque particular y una respuesta específica, sino que ayuda a los participantes de este diálogo a responder a la acción de Dios, respuesta que surge de la fe. La pertinencia es un dato que abre la interpretación de la Escritura como mensaje de fe, no un molde que lo cierra en una forma, estructura o respuesta fija.

Los recursos didácticos y apelativos de la predicación (relatos marco, anécdotas, citas, poemas, elementos que ayudan a crear clima, acompañamiento musical en ciertos momentos, los cambios de tono de voz o de ritmo, o incluso de las posturas corporales, etc.) son también parte del mensaje, lo que “decimos” que es nuestra fe. Como mis trazos aprendidos: se los debía a la profesora, pero pasaron a formar parte de mi dibujo, y terminaron expresándome. Una postura autoritaria o un todo de voz dubitativo son también parte del mensaje. La comunicación que expresa por qué ese texto es pertinente para hoy, cómo nos señala la presencia de Cristo en medio de todos nosotros, cómo actúa Dios y su Espíritu en nuestro mundo es parte también de esa presencia, de ese diálogo, y refleja nuestra forma de comprenderla.

En la comunicación del Evangelio (y esto es cierto de toda comunicación, pero especialmente en este caso) el medio y el contenido se corresponden. Hablar de Dios es hablar con Dios.

Comunicación del Mensaje Bíblico en la predicación y la meditación devocional

Preparación del sermón y de la meditación devocional. Elementos de homilética y técnicas de la predicación.

Del texto al mensaje.

En cuanto a la preparación.

Dada la importancia de la predicación bíblica en la tradición evangélica, vamos a centrarnos sobre el texto bíblico como eje del sermón o meditación, si bien hay otras aproximaciones posibles.

1. Leer cuidadosamente el texto elegido o asignado. Dar gracias a Dios por su Palabra. Orar para que el Señor ilumine nuestro entendimiento al estudiar el texto y nos guíe en el momento de hablar.
2. ¿Qué *me dice*? De qué manera este texto me edifica, me corrige, me consuela, me desafía, etc. Hasta que el texto no me diga algo a mí, difícilmente lograré que diga algo a otros. Pedir al Señor que me corrija al leer el texto.
3. Qué cosas que dice el texto que parecen relacionarse con la realidad que hoy nos toca vivir, que pueden ser más importantes en este momento. ¿La congregación vive algún

problema especial al cual este texto puede hablarle? Esto no debe apartarse mucho de los puntos 1 y 2.

4. Pensar en el texto bíblico cuando fue escrito. ¿Qué quiso lograr el autor bíblico (el profeta, el salmista, o el Apóstol) cuando lo dijo o escribió? ¿Cómo pueden haber entendido el texto los que lo recibieron? ¿Cuál fue el mensaje? Es aquí que se hace más necesario el uso de los recursos de estudio: comentarios, manuales, estudios exegéticos. Es imprescindible respetar el texto en lo que dice, y no forzarlo para que diga lo que nosotros anticipamos en los puntos 2-3. A veces el estudio detallado del texto puede modificar mi primera lectura “ingenua” y reorientar el sentido de la predicación. Si del estudio detallado del texto no surge nada que amplíe, modifique o profundice lo que yo ya pensaba antes, es probable que no lo haya estudiado con suficiente profundidad y termine predicando mis opiniones.
5. Dejar que el texto decida el tipo de mensaje. Es un texto evangelizador, predicaré un mensaje evangelizador. Es un texto que habla de un tema actual, entonces será un sermón profético. Contiene una indicación sobre la vida de los creyentes, entonces hay que hacer un sermón exhortativo. Hay textos que favorecen un sermón para enseñar, otros consolar, etc.
6. La predicación o el momento devocional (incluso la clase bíblica) se encuentran en un culto o reunión. Es importante que el texto esté de acuerdo con el sentido de esa reunión, con sus cánticos y oraciones.

La elaboración del Mensaje.

Estructura del sermón o meditación.

.saludo, motivo, acercamiento. En este punto es importante vincular al sermón o predicación con el total de la reunión. No importa cuán usual sea el contacto del (la) predicador/a con la congregación, una palabra que indique el “momento de la proclamación explícita” es necesario.

. introducción (ubicación del texto, justificación del tema, etc.). Una palabra que presente la importancia o atractivo de lo que se va a decir para la congregación

. desarrollo (presentación de los elementos que hacen al mensaje) Según el tipo de sermón o meditación, será de tipo argumentativo, instructivo, apelativo, etc. Es importante mantener el eje elegido y no pasar de un punto a otro sin alguna forma de encadenamiento. Cada sermón debe tener un tema central y tratar de mantenerse dentro de ese tema.

. desenlace (debe recoger las líneas establecidas en el desarrollo). Es importante que sea claro y marcado, vinculada con lo precedente. Pero no lo quiero llamar “conclusión”, pues debe dejar también una llamada, alguna pregunta abierta, una invitación para que quien escucha pueda responder o continuar internamente el diálogo con Cristo. Las “conclusiones” las debe sacar el o la oyente.

Es importante que el final permita un desarrollo armónico con los elementos litúrgicos que sigan, porque cuando termina el sermón no termina la proclamación.

Algunas cuestiones prácticas.

1) Escribir las ideas por separado, luego ordenarlas de acuerdo al tipo de sermón. El sermón debe tener una estructura comprensible para el oyente. Es conveniente tener el mensaje escrito, pero no es sano predicar leyendo, apegado a un papel.

2) Tener claridad acerca del final y hacer progresar el pensamiento hacia ese final. Tener un punto central y mantener siempre el hilo de pensamiento orientado por ese punto.

3) Las ilustraciones, los historias o testimonios están para dar vida al mensaje, hacerlo más cercano y claro. No es bueno que un sermón se quede nada más que en los pequeños cuentos.

4) Hay que cuidar el lenguaje que usamos en el culto. El sermón debe ser comprensible y usar palabras que todos los oyentes puedan entender.

5) Para practicar conviene escribir la totalidad del sermón o meditación, aunque luego uno no lo vaya a leer. Destacar en el papel frases o títulos que sirvan como guía. Si uno hace una cita, o quiere destacar un párrafo especialmente importante, entonces sí puede leerlo textualmente.

Al predicar hay que evitar el tono monótono de voz, es necesario alternar los "climas" emotivos, a veces con voz fuerte, otras con vos más calmada, destacar el valor comunicativo de ciertos silencios, gestos, miradas, etc.

No está mal que predicadores con poca experiencia digan su sermón o meditación en privado, frente al espejo, o grabándose, incluso para regular la duración.

Algunos NO positivos:

a) El sermón o la meditación **no** son un estudio exegético. El estudio exegético es la raíz, pero la predicación debe mostrar la flor. Pero también: una flor sin raíz pronto se marchita.

b) **No** hay lugar para el lucimiento personal. La capacidad didáctica y oratoria del expositor bíblico debe estar al servicio del mensaje, y no al revés. Todo debe apuntar a la Palabra.

c) El texto **no** debe ser un pretexto para decirle a la congregación lo que quisiéramos decirle de todas maneras. Aunque resulte difícil, debe hacerse un esfuerzo por escuchar y predicar **el mensaje del texto**. El predicador es el vehículo de la Palabra, no su filtro ni artífice. Es también su primer receptor (¿Qué *me* dice?).

d) **No cerrar** el mensaje. Es necesario dejar un espacio para que el Espíritu obre en el receptor creativamente. Dejar abiertas posibilidades para que quien escucha interactúe con la Palabra, y no tenga que aceptar lo dicho como un paquete cerrado.

e) La inteligencia **no** es todo. Si bien un buen mensaje debe ser racionalmente coherente, y un mensaje poco elaborado desmerece a la Palabra y menosprecia al oyente, debe también haber una apelación a lo afectivo, un espacio de identificación empática con el oyente. Lo doxológico (reconocer y proclamar la gloria de Dios) es más que un ejercicio de conocimientos.

f) El predicador **no** está por encima de su audiencia. Forma parte de aquellos a quienes el mensaje se dirige. Evitar ponerse a sí mismo como ejemplo. El "Uds. deben..." destruye la comunión. ¿De qué manera lo que predico me afecta y corrige a mí mismo? es la pregunta orientadora.

Distintos tipos de sermón o meditación

Si bien todo sermón o predicación, todo devocional o clase debe partir y sostenerse en el texto bíblico, un mismo texto puede dar lugar a distintos tipos de predicación o enseñanza:

Por su enfoque:

Bíblico: el desarrollo de la predicación sigue el texto bíblico en forma más o menos literal (*lectio divina*).

doctrinal: explica una doctrina de la Iglesia. Usa referencias bíblicas como fundamento y lo ilustra con ejemplos bíblicos.

temático: trata un tema específico, generalmente algún asunto de actualidad. Toma distintos textos bíblicos que se refieren al mismo tema.

testimonial: cuenta una historia de vida (propia o ajena) como ocasión de comunicar la fe. En ese caso debe cuidarse que el testimonio apunte claramente al hecho divino y se ciña a la Palabra, y no caiga en la exaltación del testigo humano o en la emocionalidad de la experiencia.

conmemorativo: en ocasiones y festividades especiales (aniversarios, días festivos cristianos, etc.)

Por su intención:

evangelizador: tiene el propósito de facilitar el encuentro con Cristo y el llamado a la fe.

exhortativo: llama a un cambio de conducta, a cierta actividad particular.

profético: aplica el mensaje como denuncia y anuncio frente a algún acontecimiento o situación de actualidad.

consolación: busca contener en Cristo en situaciones de crisis, pérdidas, enfermedad, etc.

didáctico: instruir a la congregación sobre algún punto bíblico, doctrinal, o de actualidad.

edificación: procura dar a la congregación fortaleza en la fe, aumentar la comunión interna, facilitar la actitud misionera y testimonial.

Por su carácter:

narrativo: se organiza como un relato (generalmente recuperando un episodio bíblico) y las actualizaciones se introducen como reflexiones en torno y en medio de esta historia.

expositivo: expone ordenadamente un texto o asunto. Sin embargo, una exposición puramente racional, que no incluya una dimensión empática no ayuda a la comunicación del evangelio.

dialógico: hace participar a la congregación o algunas personas en forma directa o indirecta.

moral: señala caminos a seguir y pone énfasis en modos particulares de acción. Pero no hay que caer en moralismos, y menos en amenazas condenatorias: el Evangelio es buena noticia, no ley, y debe ser predicado como tal.

convocante: contiene un llamado particular y destaca el sentido vocacional de la fe.

emotivo: trata de despertar determinados sentimientos para llegar al corazón de los que escuchan. En este caso hay que ser sumamente cuidadoso para no manipular los sentimientos, no caer en un emocionalismo vacío de contenido.

contenedor: hace que las personas y la comunidad se sientan afirmadas y seguras, creando una atmósfera de bienestar.

No hay formas puras, sino combinaciones donde predomina una u otra forma. Enfoque, intención y carácter deben decidirse en oración, tomando en cuenta las necesidades, estados de ánimo, situación y condición de la congregación.

Por supuesto no hay recetas. A lo sumo hay experiencias, propias y ajenas, y un decantar de esas experiencias en modos de trabajo, que pueden ser útiles si cada uno o cada una lo puede adaptar a su propio contexto, a su propia personalidad. Cada persona tiene su estilo, cada predicador debe poder reconocer sus fortalezas y fallas y ver cómo saca provecho de ellas y las supera. Cada maestro conoce su grupo y qué recursos puede emplear con mejores frutos, y qué dinámicas pueden ayudar a extraer una más rica reflexión y enseñanza de los textos.

La predicación narrativa

La narración, el contar lo sucedido, fue quizás la más antigua forma de proclamación, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El padre israelita afirmaba su fe contando cómo se formó su pueblo a partir de un “arameo errante” y como Dios los liberó de la esclavitud (Deuteronomio 26:5-10). Los “evangelistas” que escribieron nuestros evangelios se dedicaron a contar la historia de Jesús. Tanto para niños como para adultos la narración siempre abre la imaginación y nos presenta nuevos horizontes. Es una buena manera de transmitir nuestra experiencia y la de toda una comunidad que vive de la fe.

Por ello, y sin desconocer la validez de otras formas de predicación, y dada la limitación de tiempo y espacio, me limitaré a presentar algo sobre predicación narrativa.¹⁰

Las “técnicas narrativas” no pueden erigirse en un modelo universal ni para toda ocasión, aunque pueden constituir una importante variante comunicativa, que tiene múltiples ventajas –y ciertas limitaciones también. Lo que ahora intentamos proveer son nada más que indicadores, orientaciones, que ayudan a construir un relato. Pero lo atractivo y comunicativo no está en la técnica sino en los pensamientos e ideas que promueve, en los sentimientos y afectos que estimula, en el vínculo que el relato ayuda a establecer, en las visiones y esperanzas que despierta. Y, en nuestro caso específico, en la invitación a la fe, al compromiso con el Cristo del Evangelio y a su profundización.

La preparación

Aunque a primera vista incursionar en la narrativa parece una cuestión más de inventiva y creatividad, un uso responsable de este recurso puede ser bastante exigente, incluso reclamar una precisa disciplina de trabajo y cierto autocontrol. La creatividad sobre el texto, más tratándose de textos bíblicos, debe reconocer algunos parámetros y propósito que la encaucen. Indicaré fundamentalmente dos:

a) **Un trabajo cuidadoso sobre el texto.** Como si se fuera a hacer una exposición doctrinal al estilo clásico, los textos a tratar deben ser estudiados con todos los resguardos metodológicos que hacen a una sana exégesis. Sea que tengamos un relato o un texto de tipo más conceptual (las cartas, por ejemplo) o poético (Salmos o Proverbios, algunos de los

¹⁰ Mis experiencias en este campo pueden verse en mi libro *Jesús del pueblo* (Buenos Aires: La Aurora, 2019). En *Nuevas aproximaciones al texto bíblico* profundizamos algunos elementos de la exégesis y hermenéutica narrativa. En esta página pueden encontrarse también otros artículos sobre predicación narrativa.

“himnos” del Nuevo Testamento), será la riqueza del texto bíblico la que sostendrá e inspirará la exposición narrativa. Esto también requiere enriquecer la lectura del texto con el recurso a los comentarios. Aunque luego, en la exposición, no siempre haremos explícitos los elementos exegéticos o las aportaciones recibidas.

Cuando se trata ya de un relato (como pueden ser los relatos de los patriarcas, o los episodios de los Evangelios o Hechos) es necesario reconocer los pasos del relato existente –introducción, planteo, nudo, desenlace – y ver de qué manera se reorganizarán en nuestro discurso. En ese sentido las técnicas narrativas pueden alterar el orden, especialmente jugando con los tiempos narrativos, o intercalando elementos descriptivos en medio de la trama de acción.

Si se trata de otro tipo de composiciones, lo que puede hacerse es crear un relato en torno de ellas. Para ello necesitamos los datos que nos proveen los métodos histórico-críticos (momento, autor, situación en el que surgió el texto). Así cabe ponderar sobre la vivencia del salmista que alaba a Dios por ser librado de una enfermedad, las reflexiones que vuelca en el texto y su expresión poética como resultado de una experiencia. O la situación en la que Pablo escribe una carta, o las posibles reacciones de quienes la reciben, según las condiciones y situación probable de la congregación receptora original –lo que permite relacionarla con lo que vive nuestra propia comunidad como “receptora secundaria”.

La construcción narrativa puede ayudar a destacar aspectos del mensaje, acercarlo a la experiencia del oyente, a elaborar vínculos de identificación con los personajes, etc. Puede incluso ser crítico de otras interpretaciones y proponer la propia. Pero en ello debe ser respetuoso del mensaje original, debe poder dar cuenta de su lectura del texto y su contexto literario.

La construcción del propio relato pide, para legitimarse, respetar los detalles que el escritor bíblico originalmente valoró en su escrito. Por eso es importante captar el texto que se va a elaborar como un todo. Si bien el proceso de exégesis analítica, verso por verso y palabra por palabra tiene un lugar ineludible, la reconstrucción del mensaje como síntesis es una exigencia para la narratividad. Nuestro relato construido debe mantener una relación fundamental con el sentido global del texto de base, del cual partimos, así como las aperturas que deja, por el sentido polisémico de los textos.

En la exposición puede optarse tanto por “contar el texto” en lugar de su lectura, como por “releer” el texto, haciendo de su interpretación un segundo episodio narrativo. Pero hay que tener cuidado de respetar la trama del texto reelaborado (por más detalles y proyecciones que se incorporen) ya que el oyente queda “a merced” de la interpretación. De la misma manera se debe cuidar, por fidelidad a la Palabra, de mantener la orientación teológica del texto bíblico escogido, respetar la pluralidad teológica que el mismo canon nos provee.

b) **El reconocimiento del contexto original.** Si bien el narrador inevitablemente (y como una necesidad del relato mismo) deberá trabajar sobre cierta distancia en el tiempo y lugar, y no es posible el relato sin ciertos anacronismos (desplazamiento del tiempo, superposición de momentos), es necesario también darle razonabilidad al texto mediante su ubicación en su propio contexto cultural, social, legal o religioso. Por cierto que una técnica puede consistir en recrear el relato en otro tiempo histórico, traerlo a nuestro tiempo, lugar y cultura. O, mostrar como un texto narrativo del pasado le da un nuevo significado a un momento narrativo de hoy. Pero en ese caso, y especialmente en ese caso, deben respetarse las significaciones que los hechos tuvieron en su propio contexto social (hasta

donde sean discernibles) para que la traslación de las significaciones y sentido del relato no termine por desconformarlo y tergiversarlo.

El mundo antiguo, como lo es el nuestro en otra escala, es una pluralidad de mundos que se entrecruzan, y esas tensiones subyacen a muchos relatos bíblicos, constituyen parte de la trama dramática. El juego de malentendidos o sobrentendidos no siempre resulta accesible, por nuestro desconocimiento de esos mundos. Las costumbres, las disposiciones protocolares, la forma de dirigirse unos a otros, los cruces competitivos, la distribución de tareas y lugares, el funcionamiento de los prejuicios y afinidades, las prácticas sociales y económicas, las presiones del poder, en fin, el sinnúmero de detalles que hacen a la vida cotidiana son conocidos tanto para el escritor bíblico como por el lector original (aunque hay veces en que el mismo texto aclara para lectores no israelitas ciertas costumbres de los judíos, o aclara relaciones políticas que no todos conocen). Pero no es así para el lector u oyente de hoy, y el relato actualizado debe reubicar estas tensiones a través de aclaraciones, indicios, referencias locales o apartes instructivos. A veces incluso puede, de esta manera, crear cierta agilidad y convocatoria de la atención mediante intervenciones del público o secuencias dramatizadas.

Afortunadamente hoy contamos, incluso en castellano, con bastantes descripciones de los diversos contextos bíblicos, que se hallan en distinto tipo de recursos bibliográficos: libros y artículos sobre historia y cultura del antiguo cercano oriente y el mundo greco-romano, enciclopedias, informaciones periodísticas sobre hallazgos arqueológicos, comentarios bíblicos con enfoques “socio-lingüísticos”, que hacen posible una reconstrucción, siempre aproximada y aventurada, de los mundos y mentalidades de los tiempos bíblicos. Muchos de ellos están accesibles a través del Internet, y una hora de computadora donde esté disponible, puede ayudarnos. La habilidad del narrador hará que estos puedan incorporarse al relato sin caer en “didactismos” que le quitan dinámica. Por poner un ejemplo secular, piénsese como, con apenas algunos Atlas y descripciones de viajes ya que él nunca estuvo personalmente, Julio Verne nos da lecciones sobre la Pampa argentina a través de las aventuras de *Los Hijos del Capitán Grant*. No muchos tienen esa habilidad literaria, por cierto, pero imitando a esos grandes narradores uno puede aprender algo de su estilo y, a escala, moldear nuestros propios relatos para que reflejen las condiciones del tiempo y lugar en que se originaron.

Trama y descripciones

Esto nos lleva a considerar los dos factores que hacen a un relato: lo que llamamos factores nodales (trama o complot narrativo) y los indiciales (descripciones).

a) **La trama.** Todo relato tiene algún tipo de acción como núcleo del mismo, como su nudo (de allí que hablamos de factores nodales). Estos nudos suelen consistir en “pruebas” de distinta índole que deben pasar los personajes. Generalmente hay más de una, aunque puede distinguirse una “prueba principal” en torno de la cual se van sumando distintas alternativas, o momentos de transición que los personajes deben sortear hasta el desenlace. Esas pruebas, según los análisis semióticos, tienen distintos niveles (de influjo, de capacidad, de adquisición de medios, prueba principal, pruebas de evaluación y glorificación, etc.). Esto quiere decir, cuál es la motivación de los distintos personajes, qué medios necesitan para cumplir su tarea, que dificultades deben sortear, cuál es el resultado de su acción, como es considerada por otros. Estos pasos pueden involucrar tanto pruebas o circunstancias materiales como espirituales.

Cuando se distinguen en el relato los momentos de introducción y planteo, nudo y desenlace, se refieren generalmente a las distintas pruebas que deben sortear los

personajes. Así, en la primera parte suelen aparecer las pruebas de influjo (quien lo manda a hacer algo y su aceptación o no) y las pruebas de capacidad o adquisición de medio (se pone en juego la capacidad del personaje, o su destreza previa para adquirir los medios para su realización). En el medio del relato se da la prueba principal, y finalmente el desenlace suele tener las pruebas de evaluación y glorificación.

Estas pruebas generalmente indican una adquisición o una separación de un objeto (que puede ser un objeto físico, un saber, un afecto, o a veces la vida misma), por lo cual se establecen los vínculos (de conflicto o afinidad, de ayuda u oposición) entre los actores. A veces juegan un papel de “actantes” fuerzas impersonales (la ignorancia, la envidia, el miedo, la vergüenza, el odio o el amor), que se expresan entre los personajes o al interior de un mismo personaje. A la hora de reelaborar una narrativa conviene tener en cuenta estos factores, para ver cómo se combinan creativamente. Así, sin alterar el centro del relato, estos elementos pueden plantearse de tal manera que destaquen alguna faceta particular del relato, lo dejen abierto mediante sugerencias, o provean elementos de identificación del oyente, que pueda pensar “a mí también me pasa”.

b) **Los indicios.** Lo que llamamos factores indiciales en realidad podríamos decir que no hacen al desarrollo estrictamente “de lo que sucede”, aunque como veremos, pueden ser decisivos. Normalmente aparecen como ubicación en tiempo y espacio, descripciones, sea del paisaje, de los personajes y sus características, estados de ánimo, etc. También pueden ser datos históricos, de costumbres, del lenguaje, etc. que nos ponen en el escenario (o los escenarios) en que se moverán los personajes. Eventualmente pueden entrar antecedentes o motivaciones. Nos permiten ver los “mundos vitales” de los actores del drama, ponernos en contacto con la cultura que rodea la acción.

Pero no creamos que este “escenario” es pasivo. Al contrario, juega un papel decisivo tanto para el desarrollo de la trama como para despertar el interés del receptor. Van a ser los indicios, justamente, los que darán las claves en cualquier novela de detectives. Cosas que quizás no se encuentran tanto en la enunciación de las acciones como en la descripción del momento o el escenario. Por ejemplo, cuando Jesús es llevado a ser crucificado, para que lleve su cruz se obligue a un hombre del campo, Simón, a cargarla (Marcos 15:21), puede abrirnos a otras dimensiones. Simón es de Cirene (África), y es evidente que luego se integra a la comunidad, lo que permite saber los nombres de sus hijos. Además, en Antioquía aparecerá como dirigente un “Simón, llamado el *negro*” (Hechos 13:1), junto a otro hombre de Cirene –Lucio. Esto un indicio que permite introducir en el relato el tema del prejuicio racial, por ejemplo.

El mundo material y cultural en el que se ubica el relato juega un papel determinante en el esquema narrativo. Por ejemplo, en la clásica (en realidad romántica) *Vida de Jesús* que escribiera el literato francés E. Renan, el paisaje de Galilea es casi un actor de primer orden. También lo pueden ser elementos poéticos inscriptos en el relato. Así, las oraciones de María cuando visita a Elizabeth (Lc 1:46-55), de Zacarías cuando nace Juan (Lc 1:68-79) y de Simeón cuando ve al niño (Lc 2:28-32), todas incluidas en el relato lucano de la Navidad, ponen un clima particular al relato, y nos permiten ver características de la piedad judía popular y sus expectativas. Mateo, que escribe para el mundo hebreo, no necesita incluirlas. Pero Lucas, a través de ellas, pone al lector gentil en contacto con el mundo religioso y el mesianismo popular de la religiosidad de la época de Jesús, y así le ayuda a entender las expectativas que se ponen en juego en torno a la figura del Mesías.

La habilidad y el arte de relatar dependen mucho de nuestra sensibilidad para saber combinar momentos nodales y descriptivos en la dinámica del relato. No necesariamente

todo lo descriptivo debe ponerse al principio, y hay detalles que se pueden agregar o “ir descubriendo” según los vayan reclamando las acciones. De la misma manera, el orden del relato no tiene por qué quedar fijado. Muchos relatos van alternando, mediante la técnica de la rememoración (el “flashback” del lenguaje cinematográfico), o la anticipación, escenas que no se corresponden al “momento de la trama”, que alteran la secuencia lógica, pero que ayudan a elaborar la dinámica, a crear misterio o suspenso, a estimular la imaginación del auditorio. Leer a algunos de los grandes literatos G. García Márquez, Cortázar o Borges, u otros maestros del cuento, también los narradores como Luis Landricina, nos ayuda a ver como crean el clima mediante estos recursos.

El relator como personaje

Me permito sugerir algunas posibilidades para plantear el relato, sin ninguna pretensión de originalidad –todas ya han sido exploradas. El lugar más frecuente es el del “tercero omnisciente”, alguien ajeno a la escena misma que la va contando. Lo llamamos “omnisciente” (es decir, un sabelotodo) porque incluso puede meterse en los pensamientos de los personajes, anticipar el desenlace, “disponer” de los tiempos narrativos y presentar o escamotear datos para interesar (o burlar) al auditorio. Los mismos Evangelios son escritos desde ese lugar.

Pero mi experiencia me ha mostrado que “contar el cuento” desde un personaje interno al relato, ya sea uno existente o uno ficcional, suele crear una expectativa emotiva más intensa. Incluso, para nuestro propio crecimiento es bueno ponerse en la piel de otro u otra, imaginarse un poco en otro sexo, en otra condición social, en otro medio, para quebrar el etnocentrismo que suelen tener nuestras interpretaciones bíblicas. Uno puede revelar desde adentro (y por lo tanto revisarnos a nosotros mismos y crear identidades con el auditorio) a través de un drama intenso que sacude a la persona, la reubica, la convierte y transforma en protagonista de la misión en un encuentro casual, impensado e inesperado, como cuando el soldado le dice a Simón que lleve la cruz. ¿Cómo contaría su encuentro con Jesús la “mujer samaritana”, cuando se encontró con la gente de su pueblo?

Pero también un personaje secundario puede ser el relator. ¿Cómo describir la entrada a Jerusalén en el “Domingo de Ramos” desde uno de los peregrinos galileos que lo exaltan con sus vítores, que tiran sus vestidos al paso de Jesús –uno de los curados milagrosamente, uno de los cinco mil alimentados, una de las mujeres que le llevó a sus hijitos para que los bendijera? ¿Qué historia posible y rescatable hace que lo aclame “Hijo de David, ungido del Señor, Príncipe de Paz”? En una experiencia de trabajo con chicos esta historia la contó... el burrito. Después de todo, era el más cercano al Señor, el que veía lo mismo que veía Jesús... “Yo tuve al maestro sobre mis hombros...” podía decir, y desde allí hacer vivo el relato de la entrada en Jerusalén.

También se puede recurrir a un diálogo, dónde más de un personaje pone en juego distintas aproximaciones; proponer un juego dual, o múltiple, de interpretaciones a través de diversos actores. Entrevistas imaginarias, pequeñas dramatizaciones, la intercalación de poemas o cántico, son recursos ya explorados en los últimos años. Podemos escribir la carta de respuesta de Filemón a Pablo, contando cómo lo impactó y qué está sucediendo ahora. Podemos entrar subrepticamente en casa de Aquila y Priscila, ya ancianos, y sorprenderlos recordando cuando conocieron a Pablo. Podemos imaginar a un Esteban celestial contando su martirio... en fin, la imaginación no es un recurso vedado, sino un don de Dios que también, con los límites y precauciones que el primer paso de estudio y razonabilidad requiere, puede servirnos para presentar apelativamente el mensaje. Un uso adecuado de estos recursos puede incluso ayudarnos a destruir prejuicios, a apreciar positivamente la

diversidad cultural y de situaciones personales, a valorar la experiencia de personajes secundarios, o ser vehículo para testimonios personales que se presentan indirectamente, ayudando a poner el acento, no en la persona del testigo, sino en el mensaje que se brinda.

El relato como complicidad

El arte del relato pide, eso sí, acotaciones y reflexiones, la pincelada de humor o el guiño cómplice con lo no nombrado, lo insinuado que queda para la imaginación del oyente o la lectora, ciertos indicios que maticen, que introduzcan el suspenso y convoquen a otros relatos conocidos, o que crean la expectativa para el próximo cuento. Los anacronismos pueden ser un recurso, y mejor aún si queda en evidencia que son anacronismos, que a la vez son los vínculos con situaciones comparables de hoy. En el fondo, en cada relato puedo encontrar elementos de mi propia historia, la vivida o la que ansío vivir. En cada historia hay un retazo de una humanidad de la que soy, quiera o no, solidario en sus esperanzas y desventuras, en sus pecados y salvación, en nuestras fragilidades y esperanzas. En cada relato hay un retazo de mi biografía. Cada historia es un resumen de antiguas historias y apertura de nuevas aventuras. La trama es más o menos la misma, con las complicaciones propias de cada localización. Pero, en la apelación a la fe y al compromiso cristiano, toda historia es abierta y nos pide una respuesta que solo puede venir del receptor. En mi compromiso de fe, el relato es una búsqueda de complicidad. Esto ha mantenido alerta al estudioso de la Biblia durante siglos, ha estimulado a los maestros y predicadores, y hace que el mensaje se repita y a la vez se renueve, que la narrativa se haga nueva y se entrecruce con los cientos y miles de historias que viven en las mentes de los lectores.

A modo de apertura...

Sería incoherente escribir una “conclusión”. Como señalé varias veces a lo largo de este escrito, la proclamación del mensaje del Evangelio no tiene una conclusión, al menos hasta que se manifieste definitivamente la gloriosa presencia de Dios en nuestro tiempo; y ni aún así, porque justamente lo que se abre es la eternidad. El predicador no puede proponer una conclusión, sino una apertura, apertura a la fe, apertura al testimonio, apertura a la experiencia del Dios de la promesa, al llamado a vivir en el Espíritu, al compromiso con el Reino de Dios y su justicia.

Hay muchas maneras de hacerlo. La predicación es una de ellas, y tiene sentido en la vida de una comunidad que da testimonio. Pero la predicación no sustituye ni reemplaza otras expresiones de nuestra fe. Hacerlo, y hacerlo de la manera más clara y responsable posible, es una tarea que nos ha encomendado el Señor. Prepararnos para ello no es desconfianza en la inspiración del Espíritu, sino todo lo contrario: saber que el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, y que sin duda tampoco el Espíritu se limita al púlpito, sino que también nos inspira en nuestra mesa de trabajo, que también ha inspirado y guiado a otros cuando nos comparten sus estudios e ideas, que somos parte de una gran nube de testigos que proclaman “Jesús es el Señor” y que oran conjuntamente “Ven, Señor Jesús”. Amén.